

## CAPÍTULO XIX

---

### **Por qué se encuentran en los Estados Unidos tantos ambiciosos y tan pocas grandes ambiciones.**

Lo primero que sorprende en los Estados Unidos, es la multitud innumerable que trata de salir de su condición originaria y el puequeño número de grandes ambiciones que se ven en medio de ese movimiento universal de ambición.

No hay americano que no parezca abrasado por el deseo de elevarse, pero hay pocos que alimentan vastas esperanzas y aspiran muy alto. Si todos quieren adquirir incesantemente bienes, reputación y poder, pocos se desvelan por las grandes cosas, y esto hace á primera vista tanta más impresión, cuanto que ni en las leyes ni en las costumbres de América se advierte absolutamente nada que deba limitar los deseos ni impedirles extenderse por todos lados.

Parece difícil atribuir este estado singular de cosas á la igualdad de las condiciones, pues al momento en que ella se estableció entre nosotros, hizo nacer ambiciones casi sin límites. Creo, sin embargo, que en el estado social y en las costumbres de los americanos es donde debe buscarse principalmente la causa de lo que precede.

Toda revolución aumenta la ambición de los hombres y en particular la que derriba una aristocracia.

Viniendo á desaparecer de repente las antiguas barreras que separaban la multitud de la fama y del poder, se hace luego un movimiento impetuoso y universal hacia esas grandezas tanto tiempo envidiadas, cuyo goce es al fin permitido.

En la primera exaltación del triunfo nada se hace imposible; no tienen límites los deseos, ni siquiera la facultad de satisfacerlos. En medio de esta renovación repentina y general de las costumbres y de las leyes, en esta vasta confusión de todos los hombres y de todas las reglas, los ciudadanos se elevan y caen con una rapidez extraña y el poder pasa tan deprisa de una mano á otra, que ninguno debe desesperar de lograrlo alguna vez.

Por otra parte no se debe olvidar que las gentes que destruyen una aristocracia, han vivido bajo sus leyes, han visto su esplendor y se han dejado penetrar sin saberlo de las ideas y sentimientos que ella había concebido. Así, pues, en el momento en que se disuelve una aristocracia, su espíritu fluctúa sobre la masa, y se conservan sus instintos por mucho tiempo, después que se le ha vencido.

Las grandes ambiciones se manifiestan siempre mientras dura la revolución democrática y también por algún tiempo después.

El recuerdo de los acontecimientos extraordinarios que han presenciado no se borra en un día, de la memoria de los hombres ni las pasiones que la revolución había sugerido desaparecen con ella. El sentimiento de la inestabilidad se perpetúa en medio del orden y la idea de la facilidad del éxito sobrevive á las extrañas vicisitudes que la habían hecho nacer. Los deseos permanecen muy vastos cuando los medios de satisfacerlos disminuyen cada día; subsiste el amor de las grandes fortunas, aunque éstas sean muy raras y se encienden en todas partes desproporcionadas ambiciones que abrasan en secreto y sin fruto el corazón que las encierra.

Poco á poco, sin embargo, se borran las últimas señales de la lucha y los restos de la aristocracia acaban por desaparecer. Se olvidan los grandes acontecimientos que han acompañado su caída; el reposo sucede á la guerra, el imperio del orden renace en el seno del mundo nuevo; los deseos se proporcionan á los medios; las necesidades, las ideas y los sentimientos se encadenan; los hombres llegan á nivelarse, y la sociedad democrática queda por fin establecida.

Si consideramos un pueblo democrático en estado permanente, nos presentará un espectáculo muy diverso del que acabamos de contemplar, y sin dificultad juzgaremos que si la ambición se

hace más grande mientras se igualan las condiciones, pierde este carácter cuando son ya iguales.

Cuando las grandes fortunas se dividen y la ciencia se halla muy extendida, ninguno queda del todo privado de luces ni de bienes; estando abolidos los privilegios y las incapacidades de clases y habiendo roto los hombres para siempre los lazos que los tenían inmóviles, la idea del progreso se presenta al espíritu de cada uno de ellos; el deseo de elevarse nace á la vez en todos los corazones y cada hombre quiere salir de su esfera. La ambición se hace el sentimiento universal.

Pero si la igualdad de las condiciones proporciona á todos los ciudadanos algunos recursos, también les impide tenerlos muy extensos; lo cual encierra necesariamente los deseos dentro de límites muy estrechos. En los países democráticos la ambición es ardiente y continua, pero de ordinario no puede aspirar á mucho; y la vida se pasa, por lo común, codiciando bienes que se encuentran siempre al alcance.

Lo que principalmente desvía á los hombres de las democracias, de la grande ambición, no es la pequeñez de su fortuna, sino el esfuerzo violento que hacen todos los días para mejorarla; obligan al alma á emplear todas sus fuerzas en hacer cosas medianas, lo cual no puede menos de limitar bien pronto su vista y circunscribir su poder.

El corto número de ciudadanos opulentos que se encuentran en el seno de su democracia, no hace excepción á esta regla. Un hombre que se eleva por grados hacia la riqueza y el poder, contrae en este largo trabajo hábitos de prudencia y de recato de que no se deshace por largo tiempo. Su alma no se ensancha gradualmente como su casa.

Una observación análoga se aplica á los hijos de este hombre. Es verdad que han nacido en una posición elevada; pero sus padres han sido humildes, han crecido en medio de sentimientos é ideas de que más tarde les es difícil sustraerse, y se debe creer que heredarán al mismo tiempo los instintos y los bienes de sus padres.

Puede suceder, al contrario, que el vástago pobre de una poderosa aristocracia muestre una grande ambición, porque las opiniones tradicionales de su linaje y el espíritu general de su clase, lo sostengan todavía algún tiempo sobre su fortuna.

Lo que también impide á los hombres de los tiempos democráticos entregarse á la ambición de las grandes cosas, es el tiempo que calculan deben pasar antes de poder emprenderlas. «Es una gran ventaja—dice Pascal—la calidad que á los dieciocho ó veinte años permite á un hombre hacer por sí lo que no haría otro hasta los cincuenta, pues son treinta años ganados sin dificultad».

Estos treinta años faltan, por lo común, á los ambiciosos de las democracias, y la igualdad que permite á cada uno alcanzarlo todo, impide, al mismo tiempo, el ir deprisa.

En una sociedad democrática, como en cualquiera otra, no se puede hacer sino un cierto número de grandes fortunas, y como los que conducen á ellas están abiertos indistintamente á todos los ciudadanos, es preciso que el progreso de cada una no sea muy rápido. Como los candidatos parecen poco más ó menos semejantes, y es difícil hacer entre ellos una elección sin violar el principio de la igualdad, que es la ley suprema de las sociedades democráticas, la primera idea que se presenta es hacerlos marchar á todos al mismo paso y someterlos á las mismas pruebas.

A medida que los hombres se hacen más semejantes y que el principio de la igualdad penetra más tranquila y profundamente en las costumbres y en las instituciones, las reglas del adelantamiento se hacen más inflexibles; el adelantamiento es más lento, y crece la dificultad de llegar pronto á un cierto grado de esplendor.

A fuerza de odiar los privilegios y de embarazar la elección, se consigue obligar á todos los hombres, cualquiera que sea su capacidad, á sujetarse á una misma ley, sometiéndolos indistintamente á multitud de pequeños ejercicios preliminares en que pierden su juventud y se extingue su imaginación; de suerte que ellos desesperan de gozar jamás, plenamente, los bienes que se les ofrecen, y cuando al fin llegan á poder hacer cosas extraordinarias, han perdido totalmente el gusto de ellas.

En China, donde la igualdad de las condiciones es muy grande y muy antigua, un hombre no pasa de un empleo á otro sin haberse sometido á un concurso. Esta prueba se repite á cada paso en su carrera y la idea está tan arraigada en las costumbres, que recuerdo haber leído una novela china en que después

de muchas vicisitudes, el héroe conmueve el corazón de su amada sufriendo un buen examen. Mal pueden respirar grandes ambiciones en una atmósfera semejante.

Lo que digo de la política se aplica con la misma exactitud á todas las cosas; la igualdad produce en todas partes efectos semejantes y donde la ley no se encarga de arreglar y retardar el movimiento de los hombres, la competencia basta.

En una sociedad democrática bien establecida, las grandes y rápidas elevaciones son muy raras y hacen la excepción de la regla general. Su singularidad es la que hace olvidar su corto número.

Los hombres de las democracias descubren al fin todas estas cosas, y á la larga conocen que el legislador les abre un vasto campo en que todos pueden con facilidad dar algunos pasos, pero ninguno lisonjearse de recorrerlo aprisa.

Entre ellos y el vasto y último objeto de sus deseos, ven una multitud de pequeñas barreras que necesitan traspasar con lentitud, y esta vista fatiga anticipadamente su ambición y la rechaza; renuncian, pues, á esas lejanas y dudosas esperanzas para buscar cerca de sí goces menos elevados y fáciles. La ley no limita su horizonte, pero ellos mismos se lo estrechan.

He dicho que las grandes ambiciones eran más raras en los siglos democráticos que en los de aristocracia y ahora añado que cuando ellas nacen, no obstante estos obstáculos naturales, tienen una fisonomía diferente.

La carrera de la ambición en las aristocracias, es por lo general extensa, pero sus límites son fijos. En los países democráticos se agita en un campo estrecho, de donde, si por casualidad llega á salir, nada parece que la limita.

Como los hombres son débiles, móviles y aislados, los precedentes tienen muy poco imperio y las leyes poca duración, la resistencia á las innovaciones es muy débil y el cuerpo social no parece jamás bien establecido ni firme; de suerte que, una vez que los ambiciosos se han hecho dueños del poder, creen tener la facultad de abusar de todo, y cuando se les escapa, piensan en seguida en trastornar el Estado para lograrlo de nuevo. Esto da un carácter violento y revolucionario á la grande ambición política, que es muy raro ver con igual fuerza en las sociedades aristocráticas.

Una multitud de pequeñas ambiciones sensatas, entre las cuales se lanzan de tiempo en tiempo algunos grandes y más arreglados deseos; tal es el cuadro que presentan por lo común las naciones democráticas; no es fácil encontrar una ambición proporcionada, vasta y moderada.

He dado á conocer en otra parte los esfuerzos secretos por los cuales hacía predominar la igualdad en el corazón humano, la pasión por los goces materiales y el amor exclusivo de lo presente; estos diversos instintos se mezclan al sentimiento de la ambición y, por decirlo así, lo tiñe también con sus colores.

Creo que los ambiciosos de las democracias se ocupan menos que todos los otros de los intereses y de los juicios del porvenir, y que sólo el momento actual los ocupa y los absorbe: gustan más de acabar con rapidez muchas empresas que de elevar monumentos durables, porque prefieren la fortuna á la gloria. Lo que exigen principalmente de los hombres es la obediencia y lo que desean ante todo, es el imperio.

Como sus costumbres permanecen por lo regular bajas respecto á su condición, sucede con frecuencia que tengan gustos muy vulgares en medio de una gran fortuna y que parezca que no se elevan al poder soberano, sino para procurarse fácilmente placeres ruines y groseros.

Juzgo que conviene mucho entre nosotros purificar, arreglar y proporcionar el sentimiento de la ambición, pero sería muy peligroso comprimirlo y estrecharlo demasiado. Es preciso tratar de ponerle algunos límites que no se le permitirá nunca salvar y guardarse bien de entorpecer su vuelo dentro de los ya permitidos.

Confieso que temo menos la audacia en las sociedades democráticas que la mediocridad de los deseos; lo que más debe temerse es que en medio de las pequeñas é incesantes ocupaciones de la vida privada, pierda la ambición su vehemencia y su grandeza, y las pasiones humanas se aplaquen y se abatan al mismo tiempo; de modo que cada día se haga más tranquila y menos elevada la marcha del cuerpo social. Me parece, pues, que los jefes de estas nuevas sociedades, harían mal en tratar de distraer á los ciudadanos con una felicidad demasiado uniforme y pacífica y que más conviene darles algunas veces difíciles y peligrosos quehaceres, á fin de despertar la ambición y abrirle un vasto campo.

Se quejan sin cesar los moralistas de que el vicio favorito de nuestra época sea el orgullo. Tienen razón en cierto modo: no hay nadie, en efecto, que no crea valer más que su vecino y que consienta en obedecer á su superior; pero bajo otro respecto, esto es muy falso; pues ese mismo hombre que no puede soportar la subordinación ni la igualdad, se desprecia hasta el extremo de no creerse digno sino de los placeres del vulgo. Se detiene en los deseos medianos sin atreverse á acometer empresas elevadas, que apenas puede concebir.

Lejos de creer que deba recomendarse á nuestros contemporáneos la humildad, quisiera que se tratase de darles una idea más vasta de sí mismos y de su especie; pues lo que les hace más falta, en mi concepto, es el orgullo. Con gusto cedería muchas de nuestras pequeñas virtudes en cambio de ese vicio.

---

## CAPÍTULO XX

---

### **De la industria de los empleados en ciertas naciones democráticas.**

Desde que un ciudadano en los Estados Unidos tiene algunas luces y cuenta con algunos recursos, trata de enriquecerse en el comercio y la industria, ó bien compra un campo cubierto de bosques y lo cultiva. Todo lo que él pide al Estado, es que no se le perturbe en sus labores y se le asegure su fruto.

En la mayor parte de los pueblos europeos, cuando un hombre empieza á conocer sus fuerzas y á extender sus deseos, la primera idea que se le presenta es la de obtener un empleo público.

Estos diferentes efectos, producidos por una misma causa, merecen que nos detengamos á considerarlos.

Cuando los empleos públicos son pocos, mal dotados é inestables y por otra parte las carreras industriales son numerosas y productivas, hacia la industria y no hacia la administración se dirigen los nuevos é impacientes deseos que hace nacer á cada instante la igualdad.

Pero si al mismo tiempo que las clases se igualan, las luces permanecen incompletas, ó los espíritus tímidos, ó el comercio y la industria detenidos en su vuelo, no ofrecen sino medios difíciles y lentos de hacer fortuna, los ciudadanos desesperando de mejorar por sí mismos su suerte, corren en tropel hacia el jefe del Estado, á pedirle protección. Gozar más comodidad á costa del Tesoro público les parece, sino la única vía, á lo menos, la más



fácil á todos para salir de esa condición que no les satisface y los empleos son la industria más concurrida.

Así debe suceder, sobre todo, en las grandes monarquías centralizadas, en que el número de empleos dotados es inmenso y la existencia de los funcionarios se halla bien asegurada; entonces nadie desespera de tener un destino y gozar pacíficamente de él como de un patrimonio.

No diré que este deseo universal é inmoderado de las funciones públicas, es un gran mal social; que destruye en cada nación el espíritu de independencia y derrama en todo el cuerpo social un humor servil y venal; que sofoca en él las virtudes varoniles; no haré tampoco observar que una industria de esta especie, no crea sino una actividad improductiva y agita el país sin fecundarlo, pues todo esto se concibe fácilmente.

Quiero, sí, hacer ver que el gobierno que favorece una tendencia semejante, arriesga su tranquilidad y pone en gran peligro su existencia.

Sé que en un tiempo como el nuestro, en que se ve extinguir gradualmente el amor y el respeto que en otra época se tenía al poder, puede parecer necesario á los gobernantes encadenar más estrictamente cada hombre por su interés y servirse de sus mismas pasiones para conservarlo en el orden y en el silencio; más esto no puede durar largo tiempo y lo que parece en cierto período un elemento de fuerza, se hace con el tiempo una causa poderosa de trastorno y de debilidad.

En los pueblos democráticos como en todos los otros, el número de empleos públicos acaba por tener límites; pero el de ambiciosos no los tiene; crece sin cesar por un movimiento gradual é irresistible á medida que las condiciones se igualan y no se limita sino cuando faltan los hombres.

Cuando la ambición no tiene más punto de vista que los empleos, el gobierno encuentra una oposición permanente, porque se ve reducido á satisfacer con medios limitados, deseos que no tienen límites.

Es preciso convencerse de que de todos los pueblos del mundo, el más difícil de contener y dirigir, es el que se compone de pretendientes. Por muchos esfuerzos que hagan los jefes, no pueden jamás satisfacerlo y debe temerse siempre que eche á tierra

la constitución del país y logre conmover el Estado solo con el fin de que haya empleos vacantes.

Los príncipes de nuestro siglo, que se esfuerzan en contentar y en atraer hacia ellos solos todos los nuevos deseos que suscita la igualdad, acabarán, sino me equivoco, por arrepentirse de semejante empresa: descubrirán un día que han aventurado su poder al quererlo hacer tan necesario y que hubiera sido más razonable y seguro enseñar á cada uno de sus súbditos el arte de satisfacerse por sí mismo.

---

## CAPÍTULO XXI

---

### **Por qué llegan á hacerse raras las grandes revoluciones.**

Un pueblo que por algunos siglos ha vivido bajo el régimen de castas y de clases no llega á un estado social democrático, sino atravesando una larga serie de transformaciones más ó menos penosas, con violentos esfuerzos y después de numerosas vicisitudes, durante las cuales los bienes, las pasiones y el poder cambian rápidamente de puesto.

Aún después de concluída esta revolución subsisten por largo tiempo los hábitos revolucionarios creados por ella, y también le suceden profundas agitaciones.

Como todo esto tiene lugar al momento en que se igualan las condiciones, se concluye que existe una relación oculta y un lazo secreto entre la igualdad misma y las revoluciones; de manera que la una no puede existir sin que nazcan las otras. Sobre este punto el razonamiento parece de acuerdo con la experiencia.

En un pueblo en que las clases son poco más ó menos iguales, ningún lazo aparente reúne los hombres ni los mantiene firmes en su puesto; ninguno de ellos tienen el derecho permanente ni el poder de mandar, y nadie tiene por condición obedecer; mas encontrándose cada uno provisto de algunas luces y de algunos recursos, puede escoger su vía y marchar separado de todos sus semejantes.

La misma causa que hacen independientes los ciudadanos unos de otros, los excitan cada día hacia nuevos é inquietos deseos y los estimulan sin cesar.

Parece, pues, natural, creer que en una sociedad democrática, las ideas, las cosas y los hombres, deben cambiar eternamente de formas y de puestos y que los siglos democráticos serán tiempos de transformaciones rápidas é incesantes.

¿Es así en efecto? ¿La igualdad de las condiciones conduce á los hombres de un modo habitual y permanente hacia las revoluciones? ¿Contiene algún principio perturbador que impida á la sociedad tranquilizarse, disponiendo á los ciudadanos á renovar sin cesar sus leyes, sus doctrinas y sus costumbres? No lo creo, y como el asunto es de importancia, imploro la atención del lector.

Casi todas las revoluciones que han cambiado la faz de los pueblos, han sido hechas para consagrar la desigualdad ó para destruirla. Si se separan las causas secundarias que han producido las grandes agitaciones de los hombres, se encontrará casi siempre la desigualdad; los pobres son los que han querido arrebatarse los bienes á los ricos ó éstos han pretendido encadenar á los pobres. Si se pudiera fundar un estado social en que cada uno tuviese algo que conservar y poco que adquirir, se habría hecho mucho por la paz del mundo.

No ignoro que en un gran pueblo democrático se encuentran siempre ciudadanos muy pobres y también muy ricos; pero en lugar de formar los pobres la inmensa mayoría de la nación, como sucede siempre en las sociedades aristocráticas, no son sino un corto número y la ley no los liga entre sí con los lazos de una miseria irremediable y hereditaria.

Los ricos, por su parte, son pocos, ineptos y tienen privilegios en que fijarse su misma riqueza, no consistiendo en fincas raíces, ni estando representada por ellas, es como invisible y no puede usurparse. Así como no hay razas de pobres, no las hay tampoco de ricos; éstos salen todos los días de entre la multitud, y á cada paso vuelven á confundirse en ella: no forman, pues, una clase aparte que pueda definirse y despojarse, y como dependen por mil lazos secretos de la masa de sus conciudadanos, el pueblo no puede tocarlos sin herirse él mismo. Entre estos dos extremos de las sociedades democráticas se encuentra una multitud de hombres casi semejantes, que sin ser precisamente ricos ni pobres, poseen bastantes bienes para desear el orden, sin tener lo suficiente para evitar la envidia.

Estos son naturalmente enemigos de los movimientos; su inmovilidad mantiene en reposo todo lo que se encuentra más elevado ó más bajo que ellos, y asegura al cuerpo social en su base; no porque éstos se hallen satisfechos con su fortuna presente, ni porque sientan un horror natural por una revolución de cuyos despojos participarían sin experimentar sus males; pues desean, al contrario, con un ardor singular, enriquecerse; pero el obstáculo consiste en no saber á quien despojar. El mismo estado social que les sugiere constantemente deseos, encierra éstos en límites precisos; y aunque dé á los hombres más libertad para cambiar los intereses menos en el cambio.

No sólo los hombres de las democracias no desean naturalmente las revoluciones, sino que las temen. No hay revolución que no amenace la propiedad adquirida. La mayor parte de los que habitan los países democráticos son propietarios, y viven en la condición en que los hombres dan más valor á su riqueza.

Si se consideran con atención todas las clases que componen la sociedad, se observará que en ninguna hace nacer la propiedad pasiones más tenaces y severas que en las medianas.

Por lo común los pobres no se fijan en lo que poseen, pues sufren mucho más por lo que les falta que lo que gozan con lo poco que tienen. Los ricos, fuera de las riquezas, tienen muchas pasiones que satisfacer, y, además, el largo y penoso uso de una gran fortuna acaba algunas veces por hacerlos como insensibles á sus dulzuras.

Pero los que viven con una comodidad distante igualmente de la opulencia y de la miseria, dan á sus bienes un precio inmenso. Como no se hallan todavía muy lejos de la pobreza, ven inmedios sus rigores y los temen; entre ésta y ellos no hay sino un pequeño patrimonio en que fijan sus temores y sus esperanzas. Cada día se interesan más en él por las constantes inquietudes que les causa, y por los esfuerzos continuos que hacen para aumentarlo. Así es que la idea de ceder una pequeñísima parte les es insoponible y la pérdida entera la miran como la mayor de sus desgracias; siendo el número de estos pequeños propietarios ardientes é inquietos el que la igualdad de las condiciones aumenta sin cesar.

Por eso en las sociedades democráticas la mayoría de los ciudadanos no ve claramente lo que puede ganar en una revolución, y conoce muy bien lo que puede perder.

Dije en otro lugar de esta obra, de qué manera la igualdad de las condiciones impelía naturalmente á los hombres hacia la industria y el comercio, y como ella acrecentaba y diversificaba los vie- nes raíces; hice ver igualmente por qué inspiraba á cada hombre un deseo constante y vehemente de aumentar su bienestar. Nada hay más contrario á las pasiones revolucionarias que todas estas cosas.

Por último resultado, puede servir una revolución á la indus- tria y al comercio; pero su primer efecto será siempre arruinar á los industriales y á los comerciantes, porque en su principio no puede dajar de cambiar el estado general del consumo, y trastornar mo- mentáneamente la proporción que existe entre la reproducción y las necesidades.

Tampoco encuentro nada más opuesto á las costumbres revo- lucionarias que las costumbres comerciales. El comercio es natu- ralmente enemigo de todas las pasiones violentas; ama la templan- za, se complace en los compromisos y huye de la cólora; es sufrido, dócil, insinuante y no recurre á los extremos, sino cuando lo obliga la más imperiosa necesidad. El comercio hace á los hom- bres independientes, les da una alta idea de su valor individual, los conduce á hacer sus propios negocios y les enseña á lograr buenos resultados, los dispone á la libertad y los aleja de las re- voluciones.

Los poseedores de bienes muebles, tienen más que temer en una revolución que todos los otros, porque de un lado su propie- dad es por lo común más fácil de usurpar, y de otro, á cada ins- tante puede desaparecer totalmente; los propietarios de bienes raíces no tienen que temerlo, pues si pierden la renta de sus tierras, esperan al menos conservar al través de todas las revoluciones, la tierra misma. Así se ve que á los unos afligen menos que á los otros los movimientos revolucionarios.

A proporción que los bienes muebles varían y se multiplican, y que crece el número de los que los poseen, los pueblos se hallan menos dispuestos á hacer revoluciones.

Cualquiera que sea, por otra parte, la profesión que los hom- bres abracen y la especie de bienes de que gocen, un rasgo les es común á todos. Ninguno se halla plenamente satisfecho con su fortuna presente y todos se esfuerzan por mil medios diversos en

aumentarla. Considérese á cada uno de ellos en una época cualquiera de su vida y se le verá ocupado en algunos planes nuevos que tienden á acrecer su comodidad. No se le hable de intereses y derechos del género humano, pues sus negocios domésticos absorben por el momento todos sus pensamientos y le hacen desear que no haya agitaciones públicas.

Esto les impide, no solamente hacer revoluciones, sino hasta desearlas. Las violentas pasiones políticas obran muy débilmente en hombres que han dedicado su alma entera á buscar el bienestar. La actividad que desenvuelve en los negocios pequeños los calma en los grandes.

Es cierto que se levantan de tiempo en tiempo en las sociedades democráticas algunos temerarios ambiciosos, cuyos inmensos deseos no pueden satisfacer siguiendo la ruta común, quieren revoluciones y las provocan; pero les es difícil hacerlas estallar si algunos acontecimientos extraordinarios no vienen á ayudarlos.

Naturalmente, es desventajosa la lucha contra el espíritu del siglo y del país y un hombre, por poderoso que se le suponga, difícilmente sugiere á sus contemporáneos ideas y sentimientos que el conjunto de sus principios y de sus deseos rechazan. No se crea, pues, que cuando la igualdad de las condiciones, llegando á ser un hecho antiguo y cierto, ha dado á las costumbres su carácter, los hombres se dejan fácilmente precipitar en los azares que les presenta un jefe imprudente ó un innovador atrevido; no porque ellos se resistan abiertamente con el auxilio de sabias combinaciones, ni porque hayan premeditado un proyecto de resistencia; al contrario, lo combaten con poca energía, á veces lo aplauden, pero nunca lo siguen. A su ardor oponen en secreto su inercia; á sus instintos revolucionarios, sus intereses conservadores; á sus pasiones aventuradas, sus gustos perezosos; su buen juicio, á los desvíos de su genio; á su poesía, su prosa. Consiguen sublevarlos por un momento con mil esfuerzos, más pronto se le escapan y se sosiegan como arrastrados por su propio peso; se esfuerza en animar esta multitud indiferente y distraída, pero al fin se ve reducido á la impotencia, no porque esté vencido, sino porque le dejan solo.

No digo que los hombres que viven en las sociedades democráticas sean naturalmente inmóviles, pues al contrario, pienso que en el seno de ellas reina un movimiento eterno y que nadie conoce el

reposito; mas creo que se agitan dentro de límites que jamás transpasan. Varian, alteran ó renuevan cada día las cosas secundarias, pero tienen un gran cuidado de no tocar las principales, y si aman las mudanzas, también temen las revoluciones.

Aunque los americanos modifiquen ó abroguen sin cesar algunas de sus leyes, están bien lejos de mostrar pasiones revolucionarias. Es fácil descubrir por la prontitud con que se detienen y se calman cuando la agitación pública se hace amenazante y al momento mismo en que parecen las pasiones más excitadas, que temen una revolución como la mayor de las desgracias y que cada uno de ellos se resuelve interiormente á hacer grandes sacrificios para evitarla. No hay país en el mundo en donde el sentimiento de la propiedad se manifieste más activo é inquieto que en los Estados Unidos, ni donde muestre la mayoría menos inclinación por las doctrinas que amenazan alterar, de cualquier manera que sea, la constitución de los bienes.

He observado muchas veces que las teorías que son revolucionarias por su naturaleza, por no poderse realizar sino con una mudanza completa y algunas veces súbita en el estado de la propiedad y de las personas, son infinitamente menos favorecidas en los Estados Unidos que en las grandes monarquías de Europa. Si algunos hombres las profesan, la masa las rechaza con horror como por instinto.

No temo decir que la mayor parte de las máximas que por costumbre se llaman democráticas en Francia, serían proscritas por la democracia de los Estados Unidos, y esto se comprende fácilmente. En América tienen ideas y pasiones democráticas; en Europa tenemos ideas y pasiones revolucionarias.

Si América sufriese alguna vez grandes revoluciones, las acarrearían los negros; es decir, que no sería la igualdad de las condiciones, sino, al contrario, la desigualdad la que las haría nacer.

Cuando las condiciones son iguales, cada uno se encierra en sí mismo y olvida al público. Si los legisladores de los pueblos democráticos no tratasen de corregir esta funesta tendencia ó la favoreciesen con la idea de que aparta á los ciudadanos de las pasiones políticas y de las revoluciones, quizá acabarían ellos mismos por hacer el mal que quieren evitar y llegaría un momento en que las pasiones desordenadas de algunos hombres, ayudándo-



se del egoísmo torpe y de la pusilanimidad del mayor número, acabarían por obligar al cuerpo social á sufrir extrañas vicisitudes.

En las sociedades democráticas sólo las minorías desean las revoluciones; más estas minorías pueden algunas veces hacerlas.

No quiero decir que las naciones democráticas estén libres de revoluciones, sino que su estado social no las favorece; antes más bien las aleja. Abandonados á sí mismos los pueblos democráticos, no se comprometen fácilmente en grandes aventuras, y si son arrastrados hacia las revoluciones es sin saberlo, pues las sufren algunas veces, pero nunca las hacen. Y añado que cuando se les ha permitido adquirir luces y experiencia, tampoco las dejan hacer. Sé que en esta materia pueden mucho las instituciones públicas por sí mismas, pues favorecen ó reprimen los sentimientos que nacen del estado social. Repito que no sostengo que un pueblo esté al abrigo de trastornos, sólo porque en su seno sean iguales las condiciones; pero creo que cualesquiera que sean las instituciones de un pueblo semejante, las grandes revoluciones serán siempre infinitamente menos violentas y más raras de lo que se supone, y aún llego á describir cierto estado político que, combinándose con la igualdad, haría la sociedad más estacionaria que nunca lo ha sido en nuestro Occidente.

Dos cosas admiran en los Estados Unidos; la grande movilidad de la mayor parte de las acciones humanas y la fijeza singular de ciertos principios. Los hombres se mueven sin cesar y el espíritu humano parece casi inmóvil.

Cuando una vez se extiende y se arraiga una opinión en el suelo americano, se diría que ningún poder es capaz de extirparla. Las doctrinas generales en materia de religión, de filosofía, de moral y hasta de política, no varían absolutamente en los Estados Unidos, ó á lo menos no se modifican sino después de un trabajo oculto y muchas veces insensible; las más torpes preocupaciones no se borran sino con una lentitud inconcebible en medio de ese continuo roce de las cosas y de los hombres.

Oigo decir que las democracias, por su naturaleza y por sus hábitos, cambian á cada instante de sentimientos y de ideas. Esto puede ser cierto respecto de pequeñas naciones democráticas como las de la antigüedad, que se reunían enteras en una plaza pública y se agitaban en seguida á merced de un orador; pero yo

no he visto nada semejante en el seno del gran pueblo democrático que ocupa las riberas opuestas de nuestro Océano. Lo que me ha llamado la atención en los Estados Unidos, es la dificultad de desempeñar la mayoría de una idea que ha concebido y desapasionarla de un hombre que ella adopte. No bastan para esto los escritos ni los discursos; la experiencia sola puede conseguirlo, y aun algunas veces es preciso que ésta se repita.

Si esto admira á primera vista, un examen más detenido lo explica. No creo tan fácil como se imagina, desarraigar las preocupaciones de un pueblo democrático, cambiar sus creencias, sustituir nuevos principios religiosos, filosóficos, políticos y morales, á los que se hallan establecidos, en una palabra, hacer grandes y frecuentes revoluciones en las inteligencias; no porque el espíritu humano esté ocioso, pues se agita sin cesar; pero se ejerce más bien en variar hasta lo infinito las consecuencias de los principios conocidos y en descubrir otros, que buscar nuevos principios; vuelve con ligereza sobre sí mismo, más bien que lanzarse hacia adelante por un esfuerzo rápido y directo; extiende poco á poco su esfera con pequeños movimientos continuos y precipitados y no lo cambia de repente.

Hombres iguales en derechos, en educación, en fortuna y en palabra, de condición semejante, tienen precisamente necesidades, hábitos y gustos casi análogos. Como miran los objetos bajo el mismo aspecto, su espíritu se inclina naturalmente hacia las mismas ideas, y aunque cada uno pudiera separarse de sus contemporáneos y formarse creencias particulares, acaban por encontrarse todos, sin saberlo y sin querer, en cierto número de opiniones comunes.

Cuanto más atentamente considero los efectos de la igualdad sobre la inteligencia, más me persuado de que la anarquía intelectual que presenciamos no es, como muchos lo suponen, el estado natural de los pueblos democráticos. Creo que se debe considerar más bien como un accidente peculiar á su juventud, y que ella no se manifiesta sino en esa época pasajera en que habiendo roto los hombres los lazos antiguos que les unían, difieren todavía mucho por su origen, educación y costumbres; de suerte que conservando ideas, instintos y gustos muy diversos, nada les impide al descubrirlos. Las principales opiniones de los hombres se ha-

cen semejantes á medida que las condiciones se igualan. Tal me parece ser el hecho general y permanente; lo demás es fortuito y pasajero.

Creo que varias veces sucederá que en el seno de una sociedad democrática, un hombre llegue á concebir de un solo golpe un sistema de ideas muy distinto del que han adoptado sus contemporáneos y si semejante innovador se presentase, me figuro que tendría mucha dificultad en hacerse escuchar y todavía más en hacerse creer.

Cuando las condiciones son casi semejantes, un hombre no se deja fácilmente persuadir por otro. Como todos se ven tan de cerca, aprenden las mismas cosas y llevan la misma vida, ninguno se halla, naturalmente, dispuesto á tomar á otro por guía, ni á seguirlo ciegamente; con dificultad se cree sobre su palabra á su igual ó á su semejante.

No solamente se disminuye la confianza en las luces de ciertos individuos en las naciones democráticas, sino que, como lo dije en otra parte, la idea general de la superioridad intelectual que un hombre puede adquirir sobre todos los otros, no tarda en obscurecerse.

A medida que los hombres se asemejan, el dogma de la igualdad de las inteligencias se insinúa en sus creencias y se hace más difícil á un innovador cualquiera adquirir y ejercer gran poder sobre el espíritu del pueblo. En tales sociedades las súbitas revoluciones intelectuales son raras, más si se recorre la historia del mundo, se ve que la autoridad de un hombre más que la fuerza de un razonamiento, ha producido las grandes y rápidas mudanzas de las opiniones humanas.

Observamos, por otra parte, que como los hombres que viven en las sociedades democráticas, no están ligados absolutamente los unos á los otros, es necesario convencer á cada uno de ellos; al paso que en las sociedades aristocráticas basta poder obrar sobre el espíritu de algunos, para que lo sigan todos los otros. Si Lutero hubiera vivido en un siglo de igualdad, y no hubiera tenido por oyentes señores príncipes, acaso habría encontrado más dificultad en cambiar la faz de Europa.

Esto no depende de que los hombres de las democracias estén naturalmente convencidos de la certeza de sus opiniones y se

hallen muy firmes en sus creencias; pues tienen frecuentemente dudas que á sus ojos nadie puede resolver. En una época semejante, el espíritu humano cambiaría gustoso de sitio; pero como nada lo impele poderosamente ni lo dirige, oscila sobre sí mismo sin conmoverse (1).

Aun después de haber adquirido la confianza de un pueblo democrático, es todavía muy difícil atraer su atención.

Es casi imposible hacer escuchar á los hombres que viven en las democracias, cuando no se les habla de ellos mismos. Y no oyen lo que se les dice, porque están siempre fijos en las cosas que hacen.

Se ven, en efecto, pocos ociosos en las naciones democráticas: la vida se pasa allí en medio del movimiento y del ruido, y los hombres se ocupan tanto en obrar, que apenas les queda tiempo para pensar; lo más notable es, que no solamente viven ocupados, sino que se apasionan de sus ocupaciones, pues estando perpetuamente en actividad, cada una de sus asociaciones absorbe su alma; parece que su exaltación en los negocios les impide acalorarse por las ideas.

---

(1) Si busco el estado social más favorable á las grandes revoluciones de las inteligencias, lo encuentro entre la igualdad completa de todos los ciudadanos y la separación absoluta de las clases.

Bajo el régimen de las castas las generaciones se suceden sin que los hombres cambien de puesto: los unos no esperan nada más, los otros nada mejor. La imaginación se adormece en medio de este silencio y de esta inmovilidad universal, y la idea misma del movimiento no se presenta al espíritu humano.

Cuando las clases han sido abolidas, y las condiciones se hacen casi iguales, todos los hombres se agitan sin cesar, pero cada uno de ellos es independiente, aislado y débil. Este último estado difiere mucho del primero; pero le es análogo en un punto. Las grandes revoluciones del espíritu humano son allí muy raras.

Mas entre los dos extremos de la historia de los pueblos, se encuentra una edad intermedia, época gloriosa y agitada en que las condiciones no son bastante fijas para que la inteligencia repose, pero sí bastante desiguales para que ciertos hombres ejerzan un gran poder sobre el espíritu de los otros, y puedan algunos modificar las creencias de todos. Entonces es cuando los poderes reformadores se elevan y las ideas nuevas cambian de repente la faz del mundo.

Creo que es muy difícil excitar el entusiasmo de un pueblo democrático por una teoría cualquiera que no tenga relación visible, directa é inmediata con la práctica de su vida. Un pueblo semejante no abandona tan fácilmente sus antiguas creencias, porque el entusiasmo es el que desvía el espíritu humano de la senda conocida y hace las grandes revoluciones intelectuales como las políticas.

Por manera que los pueblos democráticos no gustan de buscar nuevas opiniones y aun cuando lleguen á dudar de las que poseen, las conservan no obstante, porque necesitarían largo tiempo y un examen detenido para cambiarlas. Las guardan no como ciertas, sino como establecidas.

Hay otras razones más poderosas todavía que impiden se haga fácilmente una gran mudanza en las doctrinas de un pueblo democrático, y las he indicado al principio de esta obra.

Si en el seno de un pueblo semejante las influencias individuales son débiles y casi nulas, el poder que ejerce la masa sobre el espíritu es muy grande. Quiero decir, que no hay razón para creer que esto depende únicamente de la forma de gobierno, y que la mayoría debe perder su imperio intelectual con su poder político.

Los hombres de las aristocracias poseen frecuentemente una grandeza y un poder que les son peculiares. Cuando no se encuentran de acuerdo con el mayor número de sus semejantes, se encierran en sí mismos, se ayudan y se consuelan. No sucede así en los pueblos democráticos; la estimación pública se considera tan necesaria como el aire que se respira y se cree, por decirlo así, que no se vive cuando no se está de acuerdo con la masa.

Esta no tiene necesidad de emplear leyes para reducir á los que no piensan como ella, pues le basta negarles su aprobación; su aislamiento y su impotencia los abruman y desesperan.

Siempre que se igualan las condiciones, la opinión general adquiere una inmensa influencia en el espíritu de cada individuo; lo dirige y lo oprime. Esto depende más de la constitución misma de la sociedad que de sus leyes políticas. A medida que los hombres se asemejan, cada uno se siente más débil delante de todos los otros; no descubriendo nada que lo eleve sobre ellos ni que lo distinga, desconfía de sí mismo desde que lo combaten; no solamente

duda de sus fuerzas, sino hasta de su derecho, y se apresura á reconocer que no tiene razón cuando el mayor número lo afirma. La mayoría no tiene necesidad de violentarlo, pues lo convence.

De cualquier manera que se organicen los poderes de una sociedad democrática y se les establezca, es siempre muy difícil creer lo que la masa no aprueba, y profesar lo que ella condena: esto favorece maravillosamente la estabilidad de las creencias.

Cuando una opinión se desenvuelve en un pueblo democrático y se establece en el espíritu del mayor número, subsiste en seguida por sí misma y se perpetúa sin esfuerzos, porque nadie la ataca.

Desde luego los que la habían rechazado como falsa, acaban por recibirla como general, y los que en el fondo de su corazón continúan combatiéndola no lo dejan ver, pues tienen buen cuidado de no comprometerse en una lucha peligrosa é inútil. Es cierto que cuando la mayoría de un pueblo cambia de opinión, puede ocasionar extrañas y súbitas revoluciones en el mundo de las inteligencias; pero es muy difícil que su opinión cambie, y casi igualmente difícil hacerlo ver.

Algunas veces sucede que el tiempo, los acontecimientos ó el esfuerzo individual ó aislado de las inteligencias, acaban por conmover ó destruir poco á poco una creencia, sin que se descubra nada en lo exterior. No se la combate abiertamente, ni se reúne nadie para hacerle la guerra. Sus sectarios empiezan á dejarla uno á uno sin ruido; pero cada día la abandonan algunos, hasta que al fin no la sigue más que un corto número, y en este estado reina todavía.

Como sus enemigos continúan en silencio ó si se comunican es en secreto, se hallan por mucho tiempo sin saber que se efectúa una revolución, y en esta duda permanecen inmóviles, observan y callan. La mayoría no cree, pero finge creer, y este vano fantasma de la opinión pública basta para imponer á los innovadores y hacerlos guardar silencio y respeto.

Vivimos en una época que ha presenciado las más rápidas variaciones en el espíritu de los hombres. Sin embargo, puede ser que bien pronto las principales opiniones humanas sean más estables que lo han sido en los siglos precedentes de nuestra historia; este tiempo no ha llegado todavía, pero tal vez se aproxima.

Á proporción que examino más de cerca las necesidades y los sentimientos naturales de los pueblos democráticos, más me persuado de que si la igualdad se estableciese de una manera general y permanente en el mundo, las grandes revoluciones intelectuales y políticas se harían más raras y difíciles de lo que se supone.

Como los hombres de las democracias parecen siempre conmovidos, en duda, alterados, dispuestos á cambiar de voluntad y de lugar, se imaginan algunos que ellos iban á abolir de repente sus leyes, á adoptar nuevas creencias y á tomar nuevas costumbres. No se piensa que si la igualdad conduce á los hombres al cambio, les sugiere gustos y les proporciona intereses que necesitan estabilidad para satisfacerse; los impele y al mismo tiempo los detiene, los estimula y los atrae á la tierra, inflama sus deseos y limita sus fuerzas.

Esto es lo que no se descubre á primera vista; las pasiones que separan los ciudadanos unos de otros en una democracia, se manifiestan por sí mismas; pero no se ve á la primera ojeada la fuerza oculta que los retiene y los reúne.

¿Me atreveré yo á indicarla en medio de las ruinas que me rodean? Lo que más temo para las generaciones futuras no son las revoluciones.

Si los ciudadanos siguen reconcentrándose más y más estrechamente en el círculo de los pequeños intereses domésticos y agitándose sin descanso, se puede temer que acaben por hacerse inaccesibles á esas grandes y poderosas conmociones públicas que trastornan los pueblos, pero que los desarrollan y renuevan. Al hacerse móvil la propiedad y el amor de ella tan inquieto y ardiente, no puedo menos de temer que los hombres lleguen á mirar toda nueva teoría como un peligro, toda innovación como un trastorno, todo progreso social como el primer paso hacia una revolución y rehusen enteramente moverse por miedo de que se les arrastre.

Temo que se dejen poseer por el miserable amor de los gozes presentes, que el interés de su suerte futura y el de sus descendientes desaparezcan y prefieran seguir descansadamente el curso de su destino á hacer, en caso de necesidad, un pronto y enérgico esfuerzo para corregirlo.

Se cree que las nuevas sociedades cambian diariamente de faz y yo temo que acaben por fijarse invariablemente en las mismas leyes, preocupaciones y costumbres, de modo que el género humano se detenga y limite; que el espíritu se encierre eternamente en sí mismo, sin producir ideas nuevas; que se consuma el hombre en pequeños movimientos aislados y estériles, y que la humanidad no adelante nada, á pesar del continuo movimiento.

---



## CAPÍTULO XXII

---

### **Por qué los pueblos democráticos desean naturalmente la paz, y los ejércitos democráticos la guerra.**

Los mismos intereses, temores y pasiones que apartan á los pueblos democráticos de las revoluciones, los alejan de la guerra; así el espíritu militar como el revolucionario se debilitan á un mismo tiempo y por las mismas causas.

El número siempre creciente de propietarios amigos de la paz, el desarrollo de la riqueza de bienes muebles que la guerra consume con tanta rapidez; esa apacibilidad y dulzura de costumbres, la molición del corazón; esa tendencia á la conmiseración que inspira la igualdad; la tibieza de espíritu que hace poco sensible á las conmociones poéticas y violentas que nacen entre las armas, todas estas causas se unen para extinguir el espíritu militar.

Creo que se puede admitir como regla general y constante que en los pueblos civilizados las pasiones guerreras se hacen más raras y menos vivas á medida que las condiciones se igualan.

Sin embargo, la guerra es un accidente á que están sujetos todos los pueblos. Por mucho que amen la paz, es preciso que las naciones estén preparadas á rechazar la guerra ó, en otros términos, que tengan un ejército.

La fortuna, que ha querido favorecer con tanta particularidad á los Estados Unidos, los ha colocado en medio de un desierto, donde, por decirlo así, no tienen vecinos, y algunos miles de soldados les bastan, mas esto es americano y no democrático.

La igualdad de las condiciones y las costumbres, como las instituciones que se derivan de ella, no sustraen á un pueblo democrático de la obligación de mantener ejércitos, y éstos ejercerán siempre una influencia muy grande sobre su suerte. Es, pues, importante averiguar los instintos naturales de los que los componen. En los pueblos aristocráticos y principalmente en los que el nacimiento solo regla las clases, la desigualdad se encuentra en el ejército como en la nación; el oficial es noble, el soldado es siervo; el uno es llamado necesariamente á mandar y el otro á obedecer. En los ejércitos aristocráticos la ambición del soldado tiene límites muy estrechos. Tampoco es ilimitada la de los oficiales.

Un cuerpo aristocrático, no solamente hace parte de una jerarquía, sino que siempre contiene una jerarquía en su seno, y los miembros que la componen están colocados unos bajo el imperio de los otros, de una manera invariable. El uno está llamado por su nacimiento á mandar un batallón, el otro una compañía: cuando llegan á estos puntos extremos de sus esperanzas, se detienen por sí mismos, quedando satisfechos de su suerte.

Hay todavía una causa poderosa que en las aristocracias amortigua en el oficial los deseos de ascender.

En los pueblos aristocráticos el oficial independientemente de su puesto en el ejército, ocupa otro muy elevado en la sociedad; el primero no es considerado por él sino como accesorio del segundo, y el noble, al abrazar la carrera de las armas, obedece menos á la ambición que á una especie de deber que le impone su nacimiento.

Entra en el ejército por emplear honrosamente los años ociosos de su juventud y traer á su hogar y entre sus iguales algunos honrosos recuerdos de la vida militar; pero su objeto principal no es el de adquirir bienes, consideración ó poder, pues posee estas ventajas por sí mismo, y goza de ellas sin salir de su país.

En los ejércitos democráticos todos los soldados pueden llegar á ser oficiales, lo cual generaliza el deseo de ascender y extiende hasta lo infinito los límites de la ambición militar.

De otro lado, el oficial no ve nada que lo detenga natural y forzosamente en un grado más que en otro y cada uno tiene un valor inmenso á sus ojos, porque su puesto en la sociedad depende casi siempre de su grado en el ejército.

Muchas veces sucede en los pueblos democráticos que el oficial no tiene otra cosa que su paga, y no puede esperar consideración sino por sus honores militares; así, siempre que cambia de destino cambia de fortuna y en cierto modo llega á ser hombre. Lo que en los ejércitos aristocráticos era lo accesorio de la existencia misma.

En la antigua monarquía francesa no se daba á los oficiales sino el título de nobleza: hoy no se les da sino un título militar. Esta pequeña mudanza en las formas del lenguaje basta para indicar que se ha efectuado una gran revolución en la constitución de la sociedad y en la del ejército.

El deseo de ascender en los ejércitos democráticos es ardiente, tenaz, continuo y casi universal; crece con los otros deseos y no se extingue sino con la vida. Mas es fácil conocer todos los ejércitos del mundo, los democráticos son aquéllos en que los progresos deben ser más lentos en tiempo de paz. Siendo, naturalmente, limitado el número de grados, los competidores casi innumerables, y pesando sobre todos la ley inflexible de la igualdad ninguno puede hacer adelantamientos rápidos, y muchos ni aun siquiera moverse de su puesto. Así, pues, la necesidad de adelantar es mayor y la facilidad de conseguirlo, menor que en otra parte.

Todos los ambiciosos que contiene un ejército democrático desean con ardor la guerra, porque ésta desocupa puestos y permite, al fin, violar ese derecho de la antigüedad, único privilegio natural de la democracia.

Llegamos, pues, á esta consecuencia singular, que de todos los ejércitos, los que desean más ardientemente la guerra son los democráticos y que entre los pueblos, los que aman más la paz son los democráticos, siendo lo más extraño que la igualdad produzca á la vez estos efectos contrarios.

Siendo iguales los ciudadanos, conciben cada día el deseo y descubren la posibilidad de cambiar su condición y aumentar su bienestar; esto los dispone á amar la paz, que hace prosperar la industria y permite á cada uno llevar á cabo sus pequeñas empresas. De otro lado, aumentando esta misma igualdad el precio de los honores militares á los ojos de los que siguen la carrera de las armas y haciéndolos accesibles á todos, hace delirar á los sol-

dados por campos de batalla. De ambas partes la inquietud del corazón es la misma, el deseo de los goces es también insaciable, la ambición igual, y sólo el medio de satisfacerla es diferente.

Estas disposiciones opuestas de la nación y del ejército, hacen correr grandes riesgos á las sociedades democráticas.

Cuando el espíritu militar abandona á un pueblo, la carrera militar deja también de ser estimada, y los hombres de guerra bajan al último puesto de los funcionarios públicos; se les aprecia poco y no se les atiende. Entonces sucede lo contrario de lo que se ve en los siglos aristocráticos; no son los principales ciudadanos los que entran en el ejército, sino los menos importantes.

Se escoge la carrera militar cuando todas las otras están encerradas, y esto forma un círculo vicioso de donde no puede salirse. Lo selecto de la nación huye de la carrera de las armas, porque no es honrosa, y no lo es porque lo selecto de la nación no entra en ella.

No es, pues, extraño, que los ejércitos democráticos se manifiesten muchas veces inquietos, quejosos y mal satisfechos de su suerte, aunque la condición física sea por lo regular mucho más dulce y la disciplina menos rigida que en todos los otros.

El soldado se siente en una posición inferior, y su orgullo herido acaba por darle el gusto de la guerra que le hace necesario, ó el amor á las revoluciones, durante las cuales espera conquistar con las armas en la mano la influencia política y la consideración individual que se le disputa. La organización de los ejércitos democráticos hace muy temible este último peligro.

Casi todos los ciudadanos de la sociedad democrática tienen propiedades que conservar; pero los ejércitos democráticos son por lo general mandados por proletarios que tienen poco que perder en las discusiones civiles. La masa de la nación teme naturalmente mucho más las revoluciones que en los siglos de aristocracia, y los jefes del ejército mucho menos.

Además, como en los pueblos democráticos, según dije antes, los ciudadanos más ricos, instruídos y capaces, no entran en la carrera militar, sucede que el ejército todo acaba por hacerse una pequeña nación aparte en donde la inteligencia se extiende menos y los hábitos son más toscos que en la grande. Mas esta inculta nación posee las armas y sólo ella sabe manejarlas.

Lo que aumenta en efecto el peligro que el espíritu militar y turbulento del ejército hace correr á los pueblos democráticos, es el carácter pacífico de los ciudadanos: nada hay más peligroso que un ejército en el seno de una nación que no es guerrera; el amor excesivo de todos los ciudadanos por la tranquilidad pone diariamente la constitución á merced de los soldados.

Se puede decir de una manera general, que si los pueblos democráticos son naturalmente inclinados á la paz por sus instintos y sus intereses, son atraídos incesantemente hacia la guerra y las revoluciones por sus soldados.

Las revoluciones militares, tan poco temibles en las aristocracias, lo son siempre mucho en las naciones democráticas. Tales peligros deben considerarse como los más grandes de todos los que encierra su porvenir, y es preciso que los hombres de Estado fijen en ellos su atención para encontrarles un remedio.

Cuando una nación se siente interiormente turbada por la ambición inquieta de su ejército, la primera idea que se presenta es dar á esta ambición la guerra por objeto.

No quiero hablar mal de la guerra: ella engrandece casi siempre el pensamiento de un pueblo y eleva su corazón. Hay casos en que sólo la guerra puede detener el excesivo desarrollo de ciertas inclinaciones que crea, naturalmente, la igualdad y en que es preciso considerarla como necesaria para curar ciertas enfermedades inveteradas á que las sociedades democráticas están sujetas.

La guerra tiene grandes ventajas; pero no hay que fijarse que disminuye el peligro que acabo de señalar; lo suspende para que después sea más terrible, pues el ejército ama bien poco la paz después de haber gustado de la guerra. La guerra no sería un remedio sino para un pueblo que desease siempre la gloria.

Preveo que todos los príncipes guerreros que se elevan en el seno de las grandes naciones democráticas, verán que es más fácil vencer con su ejército, que hacerle vivir en paz después de la victoria. Dos cosas hay muy difíciles para un pueblo democrático: empezar la guerra y concluirla.

Si de un lado la guerra tiene ventajas particulares para los pueblos democráticos, de otro les hace correr ciertos riesgos que no tienen que temer en el mismo grado las aristocracias. Citaré solamente dos.

Si la guerra satisface al ejército, molesta y desespera á esa multitud innumerable de ciudadanos, cuyas pequeñas pasiones tienen todos los días necesidad de la paz para satisfacerse y aun puede hacer nacer bajo otra forma el desorden que debe precaver.

No hay guerra larga que en los países democráticos no ponga la libertad en gran peligro: no porque deba temerse precisamente que los generales vencedores se apoderen por fuerza, después de la victoria, del mando soberano, á la manera de Sila y de César: Otra es la causa. La guerra no abandona siempre los pueblos al gobierno militar; pero no puede dejar de aumentar inmensamente las atribuciones del gobierno civil, centralizando por fuerza en las manos de éste casi la dirección de todos los hombres y el uso de todas las cosas. Si no conduce de repente al despotismo por la violencia, lo atrae dulcemente por los hábitos.

Todos los que pretendan destruir la libertad en el seno de una nación democrática, deben saber que el medio más seguro y más corto de conseguirlo es la guerra. He aquí el primer axioma de la ciencia.

Un remedio parece ofrecerse por sí mismo, cuando la ambición de los soldados y de los oficiales se hace temible, y es acrecentar el número de plazas aumentando el ejército. Esto alivia el mal presente, pero expone más el porvenir.

Aumentar el ejército puede producir un efecto durable en el seno de una aristocracia, porque la ambición militar se reduce á una sola especie de hombres y se detiene en cada uno dentro de cierto límite; de manera que puede llegarse á contentar á todos los que la sienten.

Mas en un pueblo democrático no se gana nada, porque el número de ambiciosos crece siempre exactamente en la misma proporción que el ejército. Aquéllos cuyos votos se han atendido creando nuevos empleos, se reemplazan bien pronto por una multitud que no se puede satisfacer y aun los primeros empiezan de nuevo á quejarse; porque la misma agitación de espíritu que reina entre los ciudadanos de una democracia se manifiesta en el ejército; lo que se quiere no es ganar un solo grado, sino adelantar siempre, y si los deseos no son muy vastos, á lo menos renacen sin cesar.

Un pueblo democrático que aumenta su ejército, no hace sino

calmar por un momento la ambición de las gentes de guerra; pero bien pronto ella se hace más temible, porque los que la tienen son más numerosos.

Por mi parte, creo que un espíritu inquieto y turbulento, es un mal inherente á la constitución misma de los ejércitos democráticos é imposible de curar. Los legisladores democráticos no deben lisonjearse de encontrar una organización militar que tenga por sí misma la fuerza suficiente para calmar y contener la soldadesca, pues serían vanos todos sus esfuerzos para conseguirlo.

No es en el ejército donde se puede encontrar el remedio de los vicios de éste, sino en el país.

Los pueblos democráticos temen naturalmente los trastornos y el despotismo, y sólo se trata de hacer de estos instintos, gustos sólidos y estables.

Cuando los ciudadanos al fin han aprendido á hacer un útil y pacífico uso de la libertad y han sentido sus beneficios; cuando han contraído una pasión vehemente por el orden, y se sujetan gustosos á la ley, esos mismos ciudadanos, entrando en la carrera de las armas, llevan á ella sin saberlo y como á pesar suyo, estos hábitos y estas costumbres. El espíritu general de la nación penetra en el espíritu particular del ejército, temple las opiniones y los deseos que hace nacer el estado militar, ó por la fuerza poderosa de la opinión pública los comprime. Ciudadanos instruídos, arreglados, firmes y libres, darán siempre soldados disciplinados y obedientes.

Toda ley que reprimiendo el espíritu turbulento del ejército, tienda á disminuir en el seno de la nación el espíritu de libertad civil, y á obscurecer la idea del derecho y de los derechos, irá contra su objeto y lejos de impedir que se establezca la tiranía militar, la favorecerá.

En conclusión, dígase lo que se quiera, un gran ejército será siempre muy peligroso en el seno de un pueblo democrático; el medio más eficaz de disminuir semejante peligro, será el de reducir el ejército; pero no todos los pueblos pueden adoptarlo.

---